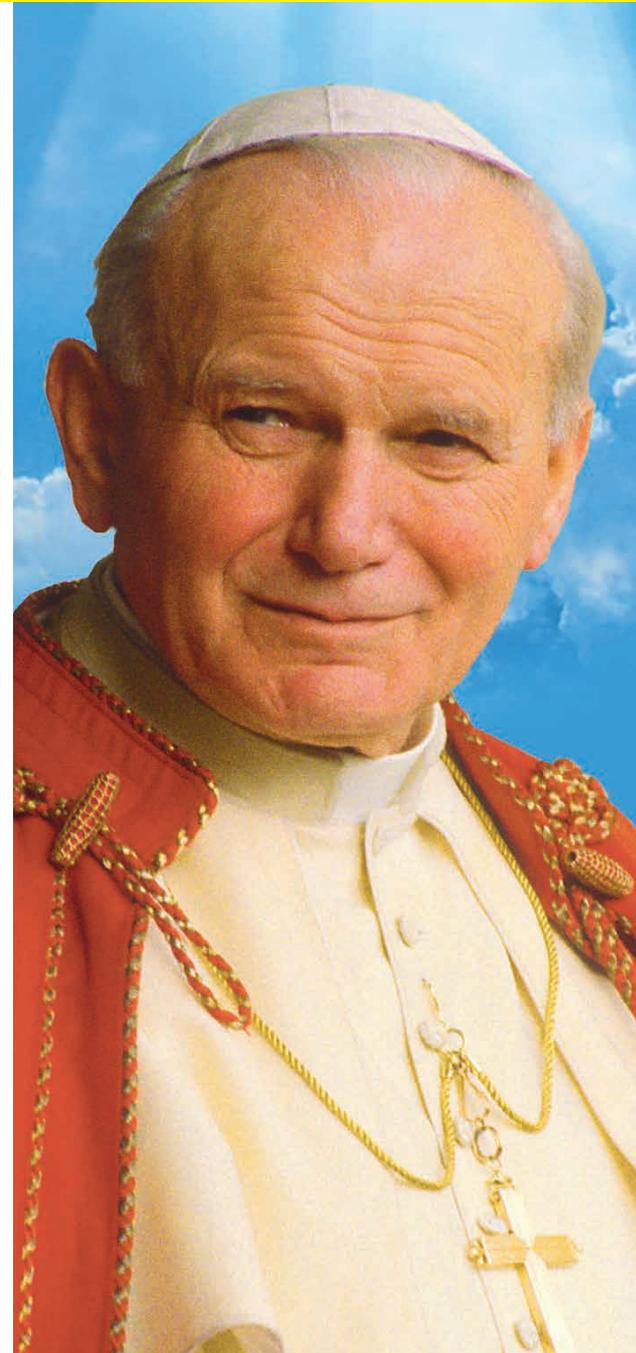
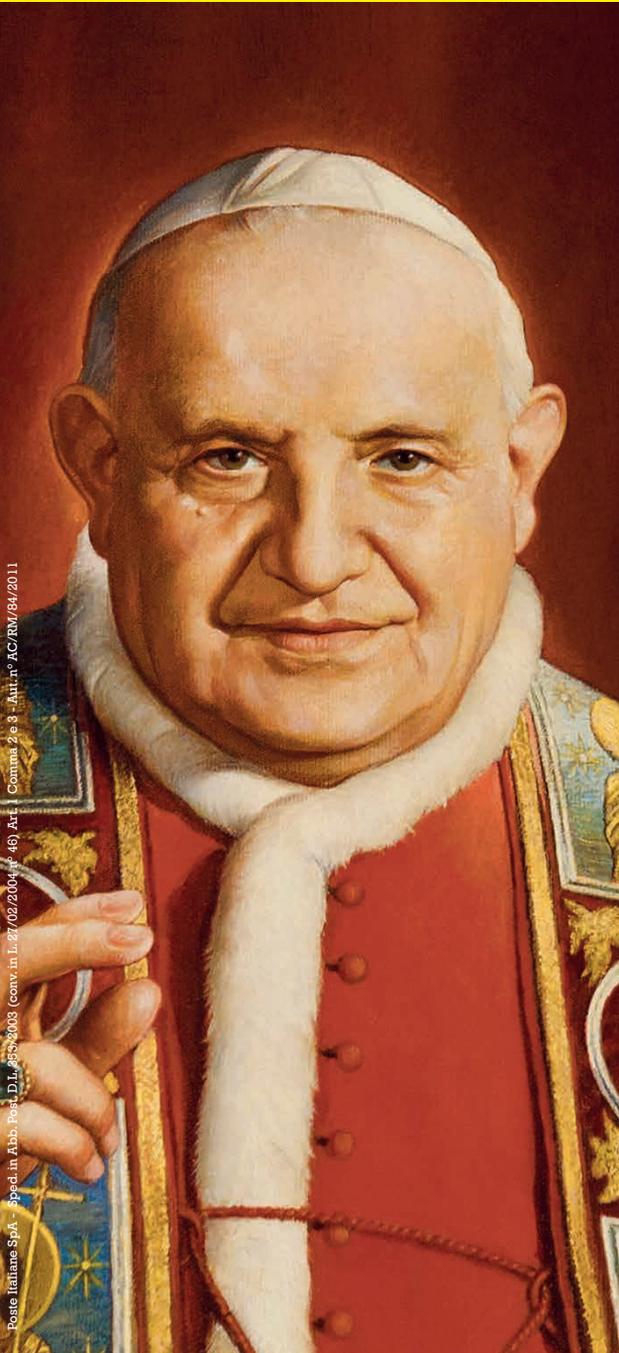


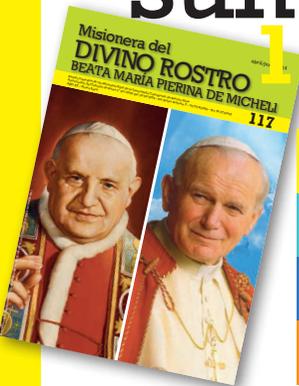
abril/junio 2014

Misionera del **DIVINO ROSTRO** BEATA MARÍA PIERINA DE MICHELI

Revista trimestral de las Hermanas Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires
Autorización del Tribunal de Roma n° 201/2009 del 18/06/2009 - Via Asinio Pollione, 5 - 00153 ROMA - Tel. 06.5743432
AÑO XX - Nueva Serie

117





DUE SANTI CORAGGIOSI 3
Papa Francesco

MIRAR A JESÚS
CON LOS OJOS DEL CORAZÓN 5
Padre Luciano Larivera

CONVERTIRSE EN VERDADEROS
DISCÍPULOS DE CRISTO 8
Padre Luca De Girolamo

ORACIÓN Y TRADICIÓN
MONÁSTICA 10
Dom Carlo Morandín

Con aprobación del Vicariato de Roma
Director responsable: Aldo Morandín
Para pedir la vida, las imágenes de la Beata, así como para dar a conocer gracias y favores obtenidos por su intercesión, dirigirse a: Figlie dell'Immacolata Concezione di Buenos Aires - Via Asinio Pollione, 5 - 00153 Roma
Email: madrepiarina@gmail.com - C/C postal 82790007 - C/C bancaria: IBAN IT84C020080329800004059417 en UNICREDIT BANCA
Tipografía Ostiense - Roma - Via P. Matteucci, 106/c
Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2014

ORACIÓN AL DIVINO ROSTRO
de San Juan Pablo II 13
DEL DIARIO DE LA MADRE MARÍA PIERINA DE MICHELI 25.05.1942

DE LAS CARTAS DE LA BEATA
Beata María Pierina de Micheli 14

DESDE NUESTRAS CASAS
Sección 16

PENTECOSTÉS
San Juan XXIII 18

Millones de personas estuvieron pendientes de la televisión, de la radio, de los medios de comunicación social para ver lo que fue definido como un evento histórico: la canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II. Fue presidida por el Papa Francisco, con la presencia de Benedicto XVI, en la Plaza San Pedro, el domingo 27 de abril.

Un momento de alegría para toda la Iglesia y, también, para los devotos del Divino Rostro, quienes en gran número participaron en la celebración eucarística, desafiando a las multitudes y a la incomodidad, con tal de rendir homenaje a los dos nuevos Santos. Nosotros también nos unimos al coro de quienes honran al Señor por este encuentro eclesial, que tuvo eco en el mundo entero.

Este trimestre está colmado de momentos importantes para los devotos del Divino Rostro y de la Madre Pierina. El 30 de mayo se celebra el IV aniversario de su beatificación, que tuvo lugar en la basílica romana de Santa María la Mayor, presidida por el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para la

Causa de los Santos. En el mes de junio, el domingo 8, se conmemora también la solemnidad de Pentecostés, fiesta del titular del Istituto Spirito Santo de Roma. Es una ocasión para implorar del Señor los dones del Espíritu, a fin de fortale-

cernos en las adversidades y en las pruebas de la vida y convertirnos en verdaderos testigos del Evangelio, primero con el ejemplo y después con la palabra.

Un desafío para todos los devotos de la Madre María Pierina.

La redacción



EN LA PLAZA SAN PEDRO, LA CANONIZACIÓN DE JUAN XXIII Y JUAN PABLO II DOS SANTOS VALIENTES

Publicamos la homilía pronunciada por el Papa Francisco, en ocasión de la canonización de Juan XXIII y Juan Pablo II, en la mañana del domingo 27 de abril de 2014, en la Plaza San Pedro.

En el centro de este domingo, con el que se termina la octava de pascua, y que san Juan Pablo II quiso dedicar a la Divina Misericordia, están las llagas gloriosas de Cristo resucitado.

Él ya las enseñó la primera vez que se apareció a los apóstoles la misma tarde del primer día de la semana, el día de la resurrección. Pero Tomás aquella tarde, como hemos escuchado, no estaba; y, cuando los demás le dijeron que habían visto al Señor, respondió que, mientras no viera y tocara aquellas llagas, no lo creería. Ocho días después, Jesús se apareció de nuevo en el cenáculo, en medio de los discípulos: Tomás también

estaba; se dirigió a él y lo invitó a tocar sus llagas. Y entonces, aquel hombre acostumbrado a comprobar personalmente las cosas, se arrojó delante de Jesús y dijo: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

Las llagas de Jesús son un escándalo para la fe, pero son también la comprobación de la fe. Por eso, en el cuerpo de Cristo resucitado las llagas no desaparecen, permanecen, porque aquellas llagas son el signo permanente del amor de Dios por nosotros, y son indispensables para creer en Dios. No para creer que Dios existe, sino para creer que Dios es amor, misericordia, fidelidad. San Pedro,



citando a Isaías, escribe a los cristianos: «Sus heridas nos han curado» (1 P 2,24; cf. Is 53,5).

San Juan XXIII y san Juan Pablo II tuvieron el valor de mirar las heridas de Jesús, de tocar sus manos llagadas y su costado traspasado. No se avergonzaron de la carne de Cristo, no se escandalizaron de él, de su cruz; no se avergonzaron de la carne del hermano (cf. Is 58,7), porque en cada persona que sufría veían a Jesús. Fueron dos hombres valerosos, llenos de la parresia del Espíritu Santo, y dieron testimonio ante la Iglesia y el mundo de la bondad de Dios, de su misericordia.

Fueron sacerdotes y obispos y papas del siglo XX. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en estas cinco llagas; más fuerte, la cercanía materna de María.

En estos dos hombres contemplativos de las llagas de Cristo y testigos de su misericordia había «una esperanza viva», junto a un «gozo inefable y radiante» (1 P 1,3.8). La esperanza y el gozo que Cristo resucitado da a sus discípulos, y de los que nada ni nadie les podrá privar. La esperanza y el gozo pascual, purificados en el crisol de la humillación, del vaciamiento, de la cercanía a los pecadores hasta el extremo, hasta la náusea a causa de la amargura de aquel cáliz. Ésta es la esperanza y el gozo que los dos papas santos recibieron como un don del Señor resucitado, y que a su vez dieron abundantemente al Pueblo de Dios, recibiendo de él un reconocimiento eterno.

Esta esperanza y esta alegría se respiraba en la primera comunidad de los creyentes, en Jerusalén, de la que hablan los Hechos de los Apóstoles (cf. 2,42-47), como hemos escuchado en la segunda Lectura. Es una comunidad en la que se vive la esencia del Evangelio, esto es, el amor, la misericordia, con simplicidad y fraternidad.

Y ésta es la imagen de la Iglesia que el Concilio Vaticano II tuvo ante sí. Juan XXIII y Juan Pablo II colaboraron con el

Espíritu Santo para restaurar y actualizar la Iglesia según su fisionomía originaria, la fisionomía que le dieron los santos a lo largo de los siglos. No olvidemos que son precisamente los santos quienes llevan adelante y hacen crecer la Iglesia. En la convocatoria del Concilio, san Juan XXIII demostró una delicada docilidad al Espíritu Santo, se dejó conducir y fue para la Iglesia un pastor, un guía-guiado, guiado por el Espíritu. Este fue su gran servicio a la Iglesia; por eso me gusta pensar en él como el Papa de la docilidad al Espíritu Santo.

En este servicio al Pueblo de Dios, san Juan Pablo II fue el Papa de la familia. Él mismo, una vez, dijo que así le habría gustado ser recordado, como el Papa de la familia. Me gusta subrayarlo ahora que estamos viviendo un camino sinodal sobre la familia y con las familias, un camino que él, desde el Cielo, ciertamente acompaña y sostiene.

Que estos dos nuevos santos pastores del Pueblo de Dios intercedan por la Iglesia, para que, durante estos dos años de camino sinodal, sea dócil al Espíritu Santo en el servicio pastoral a la familia. Que ambos nos enseñen a no escandalizarnos de las llagas de Cristo, a adentrarnos en el misterio de la misericordia divina que siempre espera, siempre perdona, porque siempre ama.



EN ROMA EL PADRE LUCIANO LARIVERA PRESIDE LA CELEBRACIÓN POR LA FIESTA DEL DIVINO ROSTRO MIRAR A JESÚS CON LOS OJOS DEL CORAZÓN

Publicamos la homilía pronunciada por el jesuita Luciano Larivera, en ocasión de la fiesta del Divino Rostro, celebrada en Roma, en la Capilla del Instituto Spirito Santo, el martes 4 de marzo.

El Divino Rostro de Jesús es una parte que expresa el todo. Habla de toda su Persona. La imagen que nos es entregada por la beata Pierina nos revela la historia de amor entre ella y Jesús. Este ícono muestra cómo Pierina miraba a Jesús y cómo Él contemplaba a su consagrada. Por eso, toda representación de Jesús nos recuerda que mientras lo observamos a Él, Él también nos mira. Pero lo que permanece es la imagen que de Jesús llevamos en el corazón y a quien recurrimos, escuchando las palabras que salen de su boca. Como la beata Pierina.

Pensando en mi madre, recuerdo que le saqué algunas fotos sobre su lecho de muerte, afectada por un tumor. Pero las imágenes de esa habitación de hospital que llevo en el corazón son la de un cuadro de la Virgen con la mirada sobre mi madre; y la de la luz que entraba por la ventana e iluminaba a mi madre Lucía. Cuando después fotografié su lápida en la capilla familiar, me conmovió profundamente ver que en el mármol estaba reflejada la imagen luminosa del rosetón del Buen Pastor, que mi padre había mandado hacer. Otro signo de que mi madre está

en la luz y en el abrazo luminoso de Jesús y María.

Varias son las imágenes del Rostro de Jesús que la devoción popular nos entrega como auténticas. Son las reliquias de los verdaderos – íconos: algunos paños usados por la Verónica, o aquellos del sudario y la sábana santa. Nos hablan acerca de un hombre medio muerto o muerto, hacia el cual se siente piedad y amor. Pero son también el ícono de muchas víctimas de la violencia humana. Pueden ser incluso el espejo de nuestras desgracias. Tales imágenes nos miran a los ojos, nos conmueven, nos golpean a nosotros. Pero mientras nosotros no sostenemos la mirada en el rostro de un cadáver en estado de descomposición, nuestro creador no siente repugnancia. Lo ama, porque su criatura es imagen de su Hijo. El Padre nos mira y, entre otras cosas,



le recordamos a su hijo cuando vivía con nosotros.

La imagen del Divino Rostro de Jesús, verdadero Dios, es también la mejor representación simbólica que podemos hacernos del Padre y del Espíritu, como está pintado en el ícono de la Trinidad de Andrej Rubljev. También nosotros nos sumergimos en ese juego de miradas trinitarias a consecuencia de la Encarnación y la Resurrección de Jesús. También quien está ciego comunica con los ojos, abriéndolos o entrecerrándolos, expresando serenidad, alegría, dolores, cansancios, esperanza y amor. También quien está ciego se encuentra bajo la mirada de Dios. Y se sabe contemplado por las personas de la Trinidad.

San Ignacio de Loyola, en su libro de los Ejercicios Espirituales, invita a entrar en oración, deteniéndonos primero algunos instantes en mirar cómo Dios nos mira. Y, por lo tanto, a disipar las falsas imágenes de un Dios acusador, distraído, arbitrario, justiciero, tal vez representado con un ojo sólo en un triángulo o como un abuelo. Dios es Padre. En los íconos orientales, la mirada de Jesús es muchas veces asimétrica, como afectado por estrabismo divergente. Y así no podemos contemporáneamente mirar fijo a los dos ojos, porque uno representa la misericordia y el otro la justicia. Y no los podemos comprender y dominar con nuestra mirada física y conceptos científicos. Sino que ambos ojos nos miran con maternidad y paternidad. Y nos invitan a pedir misericordia y, a la vez, a expresar reconocimiento. A pedir gracias y a ofrecernos nosotros mismos a Dios.

Y para entrar en intimidad con Dios, San Ignacio invita también a mantener un diálogo con el Crucificado. Pero es importante cómo mirarlo. Puedo ponerme de rodillas y desde abajo mirar su rostro que está en lo alto, pero con la



cabeza vuelta hacia abajo, con la mirada de Jesús dirigida a mí. Pero puedo también mirar al Crucificado como hizo María o el buen ladrón o el centurión. O bien, sentir sobre mí la mirada de Jesús como sobre el discípulo amado a quien le confió a la Madre. Puede no ser fácil soportar la mirada de Jesús Herido o Depuesto de la Cruz. Un rostro que nos mira con los ojos fijos o cerrados, sin vida humana. Pero recordemos que Dios, en Jesús, abarca todos nuestros sentidos corporales y espirituales (guardando para sí los atributos divinos y su omnisciencia). El Señor siente con el tacto y con el gusto nuestros sentimientos. Siente con su mano el latido de nuestro corazón, con su vitalidad y enfermedades espirituales. Por eso, quien pinta o esculpe una imagen de Jesús, lo hace, especialmente en la Iglesia oriental, a través de una liturgia, o sea un tiempo de oración, para no dejarse llevar demasiado por las propias sugerencias y abrirse en cambio a la revelación que Dios hace de sí mismo, a partir del Evangelio. Como ocurre en la Transfiguración y, de manera más simple, en las apariciones del Resucitado a sus discípulos.

Una imagen muy emotiva del Resucitado es aquella atribuida al monje Andrej Rubljev. Este ícono se perdió y fue encontrado dado vuelta en una porqueriza, usado como tablón sobre una canaleta para no embarrarse o ensuciarse los pies. Este santo ícono pasó

simbólicamente por el destino de Jesús, cuyo rostro fue cubierto de injurias e infamias. Ante los íconos orientales, que son venerados con reverencias, besos e incensación, es posible detenerse para mirar la figura representada con sus colores, para después cerrar los ojos y dejarse sumir en la vida divina con la oración, ya sea contemplativa, de petición, de agradecimiento o de ofrenda.

Lo importante para nosotros es entrar en contacto con Jesús. Cada singularidad de su figura nos abre a Él. Veneramos, por ejemplo, la Sangre de Cristo, y muchos crucifijos medievales llevan a que los ojos precisamente observen la efusión abundante de este signo, también sacramental, del amor de Jesús. Pero hay también una imagen de Antonello da Messina del Ecce Homo, en la que conmueve la soga en el cuello de Jesús, su mirada indefensa, pero también tres lágrimas que se deslizan sobre su Divino Rostro. En esa lágrima está el espejo de Dios y la humanidad.

Hace cuatro años en el pabellón italiano de la Bial de Venecia había una tela donde estaban representadas sólo las piernas y los pies de un crucificado. Ícono de todos los prófugos y emigrantes. Es importante que podamos tener una relación íntima con el Señor a través de sus representaciones del arte y de nuestra imaginación. Sin que se conviertan en ídolos. El Señor sabe expresarse en todo y con todos los medios

y formas, sin por eso dejarse contener en ninguna forma realizada por el hombre.

A mí, como jesuita, me conmueve mucho el cuadro del Sagrado Corazón conservado en la Chiesa del Gesù, de Roma, también porque era una imagen apreciada por mi abuela. Esta representación nos dice que Jesús y con él Dios Padre y el Espíritu Santo, son todo corazón, todo amor por nosotros. Y Jesús además me ofrece una mano, para que yo pueda poner en ella mi corazón, incluso para sanarlo. Jesús nos propone implantarnos su corazón. Aun cuando parezca imposible creer en ello. Y es precisamente lo que expresa la crucifixión de Jesús y su celebración eucarística. Y nosotros con nuestro rostro somos llamados a dar testimonio, aun sin palabras, del amor de Dios. Como nos lo recuerda a su vez el mandamiento de Jesús de poner la otra mejilla, sabiendo que la Eucaristía y la Iglesia son los dos rostros vivientes de Cristo para nosotros y para la humanidad. Porque tres son las imágenes de la medallita milagrosa de la beata Pierina: el Divino Rostro de la Sábana Santa, la Eucaristía y el rostro de quien lleva la medalla con devoción y espíritu misionero.



CONVERTIRSE EN VERDADEROS DISCÍPULOS DE CRISTO

Publicamos la homilía del siervo de María, padre Luca De Girolamo, pronunciada en ocasión de la Misa del miércoles 26 de febrero, en la Capilla del Istituto Spirito Santo de Roma.

Un defecto, o de todos modos un error presente en ciertas personas que se dicen religiosas (de cualquier culto) es el de la exclusión, o sea abusar de la verdad creída y, en nombre de ella, excluir, echar a otros hermanos y hermanas que –aunque no pertenecientes a un credo religioso– sin embargo, siguen siendo siempre personas que hacen el bien en beneficio de otros.

El Cristianismo como portador de una Verdad, que es el eterno designio de Dios sobre el hombre y sobre el mundo, hace surgir en seguida el interrogante sobre cómo esta Verdad se le presenta al hombre y cómo éste debe aceptarla religiosamente.

En el Evangelio que escuchamos, Marcos – con su estilo directo – reproduce las palabras de un discípulo de Jesús que se opone a un hombre que, en nombre del mismo Jesús, realiza una liberación, porque –él dice– «no nos seguía». Traducido en el lenguaje de hoy: no era de los nuestros... Esta actitud debe hacernos reflexionar sobre el carácter de verdad llevado por Jesús.

La exclusión para Él es una postura hipócrita, de observadores externos que no van más allá del precepto que marcaba la pertenencia, y hasta ahí llega, haciendo de este precepto la medida para todos. En realidad, ser discípulos de Jesús no significa monopolizar su nombre; Él mismo nos da la medida con la cual mirar a la humanidad y esta medida es el amor. De otra manera, no se entendería el motivo de su Pascua, que lleva una redención universal. Jesús, en esencia, no puede estar restringido a una mentalidad que tiene categorías limitadas, típicas del antiguo pueblo de Israel, sino que Él va más allá y pone nuestro interés en las capacidades que el otro (aun no cristiano) tiene de amar. Sólo si se parte de esta plataforma de bien es posible permitirle a quien no es seguidor de Cristo conocerlo y acercarse a su Misterio y a sus verdades. Se trata de un particular método de enseñanza y de evangelización. Hoy se habla mucho de eso por la presencia de diversas culturas. Pero precisamente por este dato, que nos obliga a la comparación, es necesario trabajar partiendo de los puntos de contacto.

En el Evangelio de hoy encontramos narrada la redención de una persona: el discípulo asiste a un acto de liberación del maligno, realizado por una persona que no pertenece al círculo de los discípulos más cercanos a Jesús: no es desde esta pertenencia que hay que decidir, sino desde el proyecto que Dios tiene sobre la humanidad, o sea la vida, la salvación y la redención. Esta preocupación por el otro es ya un primer paso de evangelización. Hacer conocer la grandeza de Dios partiendo de su esencial designio de promoción humana y no de una serie de preceptos y normativas que quieren explicar este amor, antes que vivirlo. El camino de Jesús, y que Él sugiere para los discípulos de toda época y, por eso, para nosotros cristianos, está marcado por la experiencia directa que Él hace del hombre con todos sus límites y desvíos. Sobre ellos se dirige su acción que vuelve a sanar, sostenida por el amor y no hacia una fe hecha de obediencia exterior que, como para los antiguos Hebreos, se vuelve instrumento y expresión de poder y opresión.

Jesús, por lo tanto, no excluye, sino que se abre a quienes lo quieren seguir y nos exhorta a hacer

lo mismo en nuestros comportamientos, conduciéndonos hacia una mentalidad que no crea divisiones en su nombre.

Sabemos cómo, en la historia, la Iglesia recorrió este falso camino y perdió discípulos en vez de ganarlos para Cristo. Se trata de un carcoma que lleva a dividir a los cristianos en serie A y B como en el deporte, combatiendo guerras ideológicas en vez de la pacífica batalla de la fe que nos recuerda San Pablo. Los tiempos nuevos surgieron con Jesús, pero está en nosotros hacerlos visibles y vivibles.

Que nos ayuden en esta tarea la fuerza del Espíritu Santo, Espíritu de unidad, y la presencia de hermanos y hermanas que son modelos para nosotros, como la Madre Pierina, en nuestro camino de santidad.



UN NUEVO LIBRO DEL PADRE CARLO MORANDIN ORACION Y TRADICIÓN MONÁSTICA

“Oración y tradición monástica” es el libro del benedictino Carlo Morandin, director de nuestra revista, que se publicó recientemente por las Edizioni Ancora (Milán, abril 2014, páginas 272). Referimos algunos extractos de la Introducción del autor.

Entrar en el tema de la oración es adentrarse en una selva oscura por la complejidad de los componentes y los diferentes aspectos que ello contiene. Escribir otro manual sobre la oración sería un trabajo en buena parte superfluo, por la abundancia de tratados sobre este tema, y no pocos de inestimable valor, sobre todo aquellos místicos incluso recientes y la rica producción patristica comenzando por Tertuliano y Orígenes.

En estos últimos decenios aumentó el interés por las técnicas de oración consideradas más atentas a las problemáticas actuales. En esta investigación algunos consideran muy útil la vuelta a los “maestros del pasado”: en ellos es posible descubrir cómo las diferentes maneras de rezar “convergen en un todo armonioso”. Y entre las diferentes maneras de rezar, hoy la más cuestionada, al menos en determinados ambientes, es la de la oración vocal, la cual, si no cayó totalmente en descrédito, sin embargo cayó en desuso, al tener como mira de manera apasionada la interioridad del hombre. Importantes serían, en cambio, las técnicas de concentración o de

recogimiento y contemplación. Una crisis de oración –que podría incluir incluso el tipo de fervor algo fanático– puede por cierto ocultar un dato de hecho: son pocas las personas capaces de correr uno de los riesgos siempre presentes en la experiencia de fe: creer conocer la oración hasta el punto de desecharla como experiencia espiritual, realizando no pocos sacrificios al recurrir al oriente asiático para aprender las técnicas, desatendiendo así la misma tradición cristiana, en particular aquella del hesicasmio bizantino. Toda ascesis practicada como profundización personal y también como salida de una actitud de superficialidad y de inutilidad, la cual se desinteresa, por ejemplo, de la doctrina de Gregorio Magno del habitare secum, o sea del salir de sí para volver a entrar en sí y entonces vivir por sobre el sí mismo, tiene como su natural destino el naufragio de una auténtica experiencia espiritual.

Esta, según una expresión de S. Pío X, es dada por la liturgia, que es también oración vocal.

Si concentrarse en lo profundo de las realidades tiene una finalidad, esta debería residir en el deseo –tal vez también inconsciente– de obtener la armonía entre el vivir consigo mismos y el vivir con los demás, sobre todo con Dios. Entonces, también la ascesis simplemente “natural” debería mostrar la recíproca influencia entre cuerpo y espíritu. Tema candente y siempre presente en la experiencia y ya conocido en la antigüedad cristiana, sobre todo monástica.

Esta pretensión suscita una pregunta: la oración, ¿no es un don de Dios? Bajo este aspecto teológico, ¿la experiencia ascética “natural” se trata de oración verdadera, en el sentido de que ella libera cuerpo y espíritu para que puedan expresarse de manera espontánea? El don de la oración, que Dios concede libre y gratuitamente en Cristo Jesús, primero y verdadero “orante”, lleva, sin dudas, a una realidad muy profunda: ser liberados mediante la ascesis para invocar con Cristo al Padre, agradecerle, alabarle. Aunque las palabras son espontáneas, sin embargo ellas no constituyen la oración que necesita del silencio; un silencio por sobre las mismas palabras forma nuevo diálogo, en el cual se es consciente de estar totalmente presentes. Es una presencia de amor, camino seguro para conocer al otro de manera real. En el silencio puede ser recibido el grito

del Espíritu que inspira la oración.

Es de gran importancia la conciencia de que la oración proviene de la más profunda interioridad del ser, donde es necesario descender, es decir, volver a entrar dentro de sí mismos, volver a entrar en sí tras haber salido de sí en el compromiso de alejarse de todo lo que pueda impedir el estar en presencia de Dios y con Él. Saber rezar y ser conscientes de la oración no significa para nada que la oración sea perfecta.

La oración no es iniciativa original del hombre, ella

nos es dada desde hace mucho tiempo, hasta el punto de que pocas veces uno puede declararse consciente de su propia oración. La iniciativa primaria es siempre de Dios y por tal razón ella es “viviente” desde siempre. La no clara conciencia en el hombre de rezar, no le impide estar en estado de oración; el tiempo lo llevará a una conciencia cada vez más clara precisamente si persevera en el estado de oración.

La zona interior profunda, recién mencionada, no es sino la abundancia del corazón a la manera de los amantes. El tema es evangélico: ...la boca habla de la plenitud del corazón (Mt 12,43; Lc 6,45). Un corazón despierto y lleno de alegría es capaz de cantar alabanzas y dar gracias – que no significa de manera simplista decir “gracias” – es verdadera “eucaristía”. Es necesario entrar en el corazón y despertarlo del entumecimiento. Es tiempo de despertarnos (Rm 13,11), y “abiertos nuestros ojos a la luz divina, escuchemos bien atentos la advertencia que nos hace cada día la voz de Dios: Si escuchan hoy su voz, no endurezcan su corazón”. En esta invitación benedictina hay una antici-



pación de lo que se verá a continuación en línea con la tradición monástica sobre la oración.

El volver a entrar en uno mismo, redire ad cor (cf. Is 46,8 [según la Bible de Jerusalem, Paris 1955, p. 1159, col. B]) encuentra su explicación concreta en la parábola de los “dos hermanos”, conocida generalmente como aquella del “hijo pródigo” o derrochador. Con una vida disoluta derrochó todos sus haberes y por la sobreviviente carestía sintió la privación hasta el hambre. Entonces volvió en sí... (Lv 15,17). Gregorio Magno narrando la vida de San Benito lo describe como el hombre *Habitare secum*. A su vez Guigo I, el cartujano, en sus *Meditaciones* 4a, afirmaba de Benito *quietus in Christo*. Su única preocupación era “mantener su corazón libre bajo la mirada de Dios”.

La parábola del tesoro oculto en un campo (Mt 13,44), aplicada a la oración, ve en el “campo” el corazón en el que es necesario escavar para descubrirlo, librarlo de todo lo que le impide encontrar el tesoro escondido. Trabajo, por cierto, cansador, sin embargo imprescindible.

Aquí se impone la necesidad de separar los metales preciosos de los desechos, que significa ponerse en verdad ante Dios y descubrir la verdadera imagen y semejanza contenida en el proyecto originario de la creación divina. Esta obra de auténtica “liberación” abre el camino a la escucha

del corazón mismo, allí donde éste se encuentra en oración, porque recibió la iniciativa de Dios para con él, y así permanece en la escucha de la voz del Espíritu, orante en él, para que todo se vuelva oración personal.

El corazón abierto, despierto por la luz divina, es de quien está en vigilancia. El estar en vigilancia es imperativo evangélico apremiante y urgente, sobre todo en el momento de la prueba o tentación, tan fuerte como para llamar la atención espiritual de los padres del monaquismo.

Quien está en vigilancia atento a su propio corazón y prohíbe el acceso a toda otra visión e imaginaciones, se dará cuenta en seguida de cómo el corazón irradia luz. Como un carbón prende fuego, como el fuego enciende una vela, así Dios pone en llamas nuestro corazón en vista de la contemplación, él que desde el bautismo habita en nuestros corazones.

El silencio es determinante para la meditación de la Palabra; un silencio impregnado por la misma Palabra; un silencio “vacío” es sin sentido. Debe ser un silencio meditativo, de encuentro sincero consigo mismo en la luz de la Palabra divina, guiado por las inspiraciones santas del Espíritu, si no quiere ser una caída libre en el vacío interior.

El silencio, además, sin la meditación, es la muerte, parecida a la de un sepultado vivo, y la meditación sin el silencio es vana y pura agitación. Pero si ambos se unen en el vivir espiritualmente, aportan al alma una gran paz y la contemplación perfecta.

El silencio tiene una finalidad: renuncia y, por ende, desapego de la propia proyección, la cual mal se aviene con la voz del Espíritu orante en el corazón. De hecho, el Salmo 32 enseña: «El Señor hace nulo el consejo de las naciones; / frustra los designios de los pueblos. / El consejo del Señor permanece para siempre, / los designios de su corazón de generación en generación.»

Un silencio interior auténtico no es sólo renuncia. En la renuncia y en el desapego se eleva como oración verdadera, volviendo aún menos indispensable el silencio exterior de los labios. En este estado, la oración vocal, como lo es aquella de una comunidad orante –basta pensar en la Liturgia de las Horas–, no es ya una ‘molestia’, incluso cuando las diferentes voces puedan tener cierta discordancia entre sí. El silencio interior, del corazón, supera y frustra los límites comunes de la exterioridad.

En la Apotegma se encuentran no pocas enseñanzas sobre este elemento básico de la oración. Y está entonces el abad Agatón con su respuesta a los hermanos que preguntan cuál es la tarea más difícil del monje. Él respondió: A mi parecer es la oración. En toda obra buena que empiece, aun si le exige mucho esfuerzo y paciencia, llegará finalmente a un cierto reposo, pero la oración exigirá de él un duro combate hasta su último suspiro.

Oración

Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo que hiciste brillar los dones de tu gracia en la humilde Madre Pierina De Micheli, llamándola a tu servicio, para que en el silencio y en la obediencia fuera la consoladora del Divino Crucificado y la misionera de la Santa Faz de Jesús, baz que también nosotros sigamos con gozo el camino de la caridad, para gloria tuya y bien del prójimo.

Por los méritos de la Beata María Pierina De Micheli, y por su intercesión, concédenos las gracias que confiadamente te pedimos, a fin de que se manifiesten para nuestro ejemplo y consuelo, las heroicas virtudes que ella practicó.
Amén

Del Diario de la Madre María Pierina De Micheli (25 de mayo de 1942)

“Ayer a la mañana, fiesta del Espíritu Santo, mientras rezaba me encontré como absorbida en Dios y en la luz del Divino Rostro vi muchas almas en especial de Sacerdotes, y Jesús me dijo: “tu sufrimiento ha iluminado a estas almas”. Que Jesús sea glorificado, que las almas se salven, y después, oh, Jesús, todo lo que Tú quieres. De las palabras que nos dirigió el Padre ayer me conmovieron estas: La piedad en la obediencia, la obediencia en la piedad.”

Oración al Divino Rostro de San Juan Pablo II

Señor Jesús, crucificado y resucitado, imagen de la gloria del Padre, Divino Rostro que nos miras y nos escrutas, misericordioso y suave, para llamarnos a la conversión e invitarnos a la plenitud del amor, nosotros te adoramos y te bendecimos.

En tu Rostro luminoso, aprendemos cómo se es amado y cómo se ama; dónde se encuentra la libertad y la reconciliación; cómo nos transformamos en constructores de la paz que de ti se irradia y a ti conduce.

En tu Rostro glorificado aprendemos a vencer toda forma de egoísmo, a esperar contra toda esperanza, a elegir las obras de la vida contra las acciones de la muerte.

Dónanos la gracia de colocarte en el centro de nuestra vida; de permanecer fieles, entre los riesgos y los vaivenes del mundo, a nuestra vocación cristiana; de anunciar a los hombres la potencia de la Cruz y la Palabra que salva; de estar vigilantes y activos, atentos a los más pequeños de nuestros hermanos; de recoger los signos de la verdadera liberación, que en ti ha tenido inicio y en ti tendrá cumplimiento. Señor, concede a tu Iglesia permanecer, como la Virgen Madre, junto a la Cruz gloriosa y junto a las cruces de todos los hombres para llevarles a ellos consolación, esperanza y fortaleza.

Que el Espíritu que nos has donado lleve a su plenitud tu obra de salvación, para que todas las creaturas, liberadas de los vínculos de la muerte, contemplan en la gloria del Padre tu Divino Rostro, que resplandece luminoso por los siglos de los siglos. Amén.

DE LAS CARTAS DE LA BEATA

En esta carta escrita al jesuita Giuseppe Rosi (1889-1949), la Beata, dada la ingratitud de tanta gente, pide sufrir por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. Reza y quiere inmolarse por los Jesuitas que deberán sufrir mucho por la anexión de Austria al Reich. Continúa después hablando de los trabajos de la casa de Roma y también de un escrito biográfico suyo sobre la Madre Estanslada que había sometido a la corrección del P. Marini S.J.

Ave + María
14-3-938 – Milán
Venerado Padre
¡Jesús!

Después de haber rezado mucho en la Iglesia del Jesús por V. R., siento la necesidad de agradecerle la gran ayuda dada a mi pobre alma, a pesar de mi maldad, estaba por decir ingratitud pero no, no soy ingrata, y en el Paraíso lo verá... y constatará que por pura gracia del Señor, esta miserable intenta tener en cuenta los santos consejos y preciosas enseñanzas, aun de una simple palabra de su venerado Padre. Frente a los dolores de la Iglesia, cómo me parecen ya nada mis penas... en el tren se hablaba del ataque de Alemania sobre Austria, y comprendí ¡qué afligido debía sentirse V. R.! me sirvió de meditación y me avergoncé de mí misma al constatar que ¡me pierdo en mí misma, en lugar de sufrir y reparar con Jesús! Me he ofrecido a todo; pero sabe bien V. R. de qué soy capaz... sin embargo qué imperiosa siento hoy la necesidad de inmolarme por el triunfo del Reino de Cristo... ¡también en Austria nuestros Jesuitas, como en otros lugares serán las primeras víctimas, porque

el demonio les teme y mucho! ¿Por qué no puedo dar yo la vida aunque sea por uno solo?... sería acaso demasiada alegría y demasiada gloria... acepte al menos por Ellos mis pequeños sacrificios, que si me parecen grandes, es sólo por mi debilidad... no, Padre, venerado, enséñeme a luchar como Jesuita, hágame Jesuita de espíritu, ¿no soy acaso también yo hija de S. Ignacio? En este momento de luz, lo siento con convicción, y me río de este feo engendro que se presenta para engañarme. He hecho como corresponde también entonces, como me dijo: una señal de la cruz, y fuera... le he dicho esta mañana a S. Ignacio, que en el Paraíso, querría ser el estrado de los Santos de la Compañía (a los santos se les puede decir cualquier despropósito, ¿verdad Padre?) pero quiero ser también la gloria de ellos... me comprende, ¿verdad, Padre?

Tome nomás el bastón, pero manténgame unida a Jesús. Aquí se trabaja, y no me parece cierto: el Asistente se ve una persona muy seria. Hubo verdadero peligro de perder el terreno. Demos gracias al Señor que nos ha librado una vez más. Ahora voy a lo del Sr. Dozzi, a Monseñor todavía no he podido encontrarlo. Espero hacer todo rápido, si es Voluntad de Dios. Ayer por la mañana, tras volver a Milán, he encontrado la aprobación de S. Eminencia. Se la mostraré cuando venga. Me llegó también la biografía, breve, que hice de la Madre Estanslada y se la mandé al R. P. Marini que la conocía mucho, para la corrección. La devolvió sin tocar, diciéndome que le agradaba mucho en la simpleza del decir, y no se ha atrevido a tocarla, pero que antes de publicarla escuche la opinión de otra persona, por ejemplo dice, de su hermano. Esto de verdad no lo hago, y si no es abusar de la bondad de V. R. se la llevaría yo misma el jueves, si estoy en Milán, para no hacerle a V. R. perder tiempo en venir, como me ha prometido. De todas maneras llamaré por teléfono antes a la calle Conservatorio para que me indique la hora adecuada. Perdóneme por todo y aunque indigna, considéreme como la más miserable pero profundamente agradecida entre sus hijas.

en J. y M. Sor Maria P.
Perdone Padre si la mando tan manchada, pero no tengo tiempo de rehacerla y además si me sale peor...

VIERNES 30 DE MAYO DE 2014
IV ANIVERSARIO DE LA
BEATIFICACIÓN DE
LA MADRE MARÍA PIERINA DE MICHELI
BASÍLICA ROMANA DE SANTA MARÍA LA MAYOR
30 DE MAYO DE 2010 – 30 DE MAYO DE 2014



DE CASTELSILANO A MILÁN EN EL RECUERDO DE LA MADRE EUFRASIA IACONIS

En el Istituto Immacolata Concezione de Milán, el domingo 23 de marzo, se llevó a cabo el primer encuentro de los emigrados de Castelsilano residentes en la capital lombarda y alrededores. La iniciativa había nacido a fines de septiembre, en ocasión del centenario de la fundación del mismo Instituto. En aquella circunstancia, el Rev. P. Francisco De Simone, párroco de Castelsilano, pueblo que fue cuna de la Sierva de Dios Madre Eufrosia Iaconis, Fundadora de la Congregación de las Hijas de la Inmaculada Concepción de Buenos Aires, había participado en los festejos del importante aniversario.

El había extendido la invitación a las personas originarias de su parroquia, que actualmente residen en Milán. Esta primera invitación fue aceptada por unas veinte personas que, uniéndose a los festejos del centenario, el 29 de septiembre de 2013, participaron de la concelebración en la Basílica de Santa María de las Gracias.

El Rev. P. Francisco, al ver que los concurrentes quedaron muy entusiasmados con la primera experiencia, propuso que se



encontraran una vez al año en recuerdo y en nombre de la Madre Eufrosia, en el lugar deseado y hecho construir por su compaisana. Y la propuesta fue bien recibida por todos los presentes.

La invitación del Rev. P. Francisco, difundida por algunos colaboradores en Facebook, fue recibida por casi más de 50 personas. Muchos eran los presentes el 23 de marzo, en un clima de gran alegría, en recuerdo de la Madre Eufrosia. El primer resultado importante fue, justamente, la alegría del encuentro. Fue una emoción extraordinaria para muchos amigos y compaisanos que no se veían desde hacía tiempo. ¡Curioso fue el encuentro

de dos compañeros de escuela que no se habían visto nunca más desde hacía 40 años! Después de la alegría y la emoción de los saludos iniciales, durante la mañana, en un salón del Instituto, el encuentro tuvo dos momentos significativos.

En la primera parte, el sacerdote habló de la emigración, subrayando los sentimientos que se experimentan cuando se deja la propia tierra y se va lejos para cumplir los sueños de la vida. Emociones, renuncias, sacrificios, esperanzas, compromiso, cansancio y otros, son los sentimientos que se viven dejando el propio país para buscar un futuro mejor para sí y para

los propios hijos. Y nosotros emigrados, sobre este tema, tienen mucho para contar y transmitir. Todos los participantes coincidieron en decir que si por un lado es cierto que se afrontaron y superaron muchos sacrificios, es también cierto que nuestros emigrados hicieron honor a su tierra, a Calabria y a nuestro pequeño pueblo, trabajando con honestidad y mejorando las condiciones de sus propias familias.

En la segunda parte, utilizando imágenes extraídas de una colección dedicada a Castelsilano y a Madre Eufrosia, el Rev. P. Francisco, presentó un informe titulado: "Madre Eufrosia: una perla de montaña". En la presentación



que siguió, los participantes pudieron recorrer y apreciar la vida y la obra de nuestra conciudadana, muy conocida en Argentina y poco valorada hasta hace unos años en Castililano. Por supuesto, fue un encuentro que enriqueció no sólo por el conocimiento histórico de una figura como la de la Madre Eufrosia, sino también porque se pudieron apreciar las características y las virtudes de una mujer que hoy podemos definir como una emigrada especial. Como San Francisco de Paola, en efecto, la Sierva de Dios deja nuestro pueblo por la

fe en el Señor y para dedicarse a los otros en las tareas de ayuda concreta al servicio de los más pobres y de los que sufren. Muchos de los presentes no conocían a fondo la vida de nuestra conciudadana y quedaron admirados al enterarse de las obras por ella realizadas.

Como conclusión de la primera jornada, en la capilla del Instituto fue celebrada la Santa Misa. Siguió el almuerzo, ocasión para continuar la convivencia y el intercambio de ideas, experiencias y emociones.

Por último, los participantes se saludaron con tres sentimientos compartidos: la alegría de haber pasado un bello día; la satisfacción de haber descubierto y conocido mejor la figura de la Madre Eufrosia y el deseo de volver a encontrarse. Y por eso ya se piensa en la próxima reunión del 2015. El Rev. P. Francisco aprovechó la ocasión para agradecerles a las hermanas de Milán por la hospitalidad recibida y a todos los participantes que con su presencia enriquecieron este encuentro, y, en particular, a aquellos que colaboraron e hicieron llegar las invitaciones a todos.

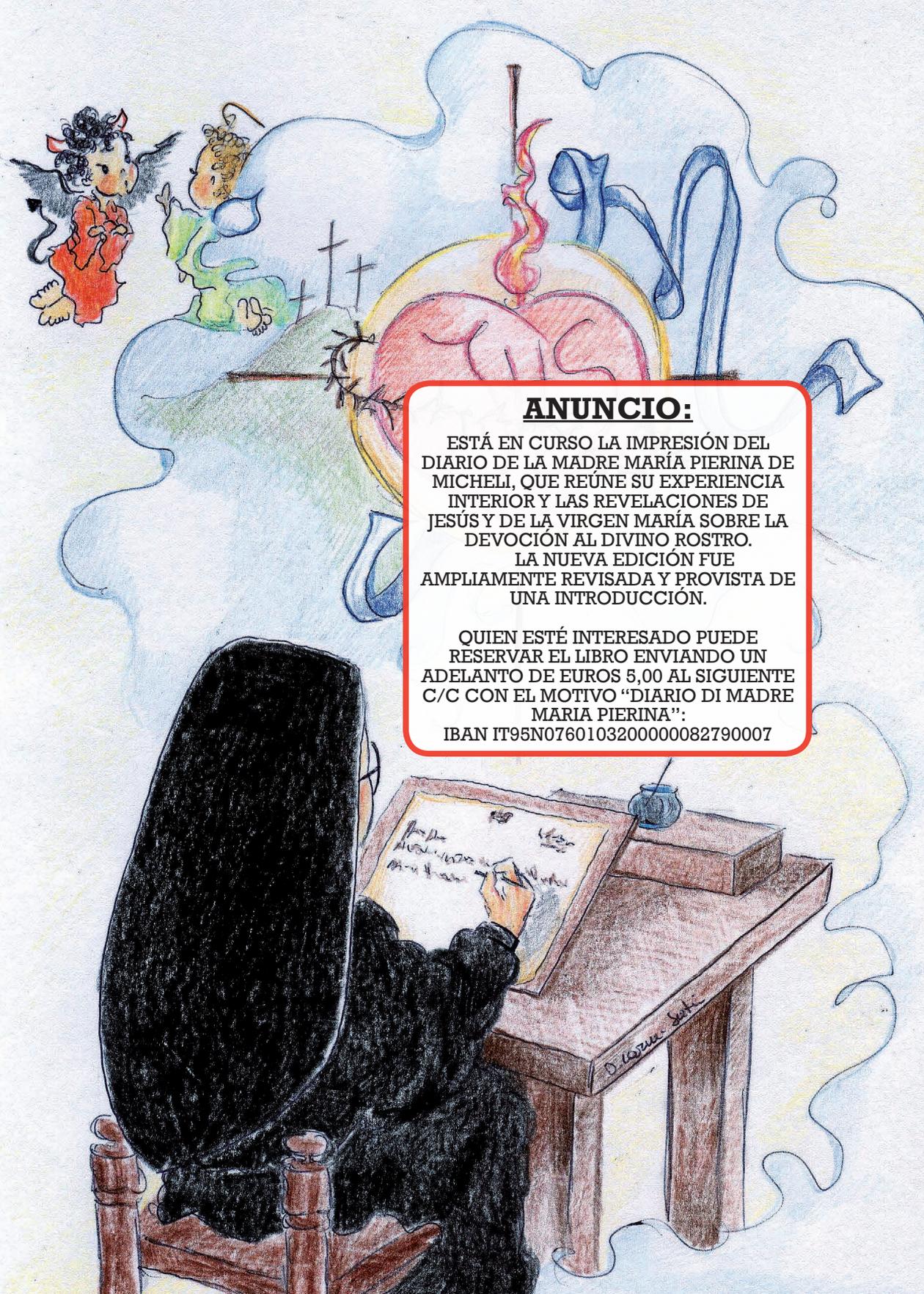


PENTECOSTÉS

(1962)

Espíritu Santo Paráclito, perfecciona en nosotros la obra iniciada por Jesús; haz fuerte y continua la oración que elevamos en nombre del mundo entero; apresura en cada uno de nosotros el tiempo de una profunda vida interior; da impulso a nuestro apostolado, que quiere llegar a todos los hombres y a todos los pueblos, todos redimidos por la sangre de Cristo y todos su herencia. Mortifica nuestra presunción natural, y llévanos a las regiones de la santa humildad, del verdadero temor de Dios y de la generosa valentía. Que ningún lazo terreno nos impida cumplir nuestra vocación: que ningún interés, por nuestra indolencia, disminuya las exigencias de la justicia; que ningún cálculo reduzca los espacios inmensos de la caridad en las estrecheces de los pequeños egoísmos. Que en nosotros todo sea grande: la búsqueda y el culto de la verdad, la disposición al sacrificio hasta la cruz; y, por último, que todo corresponda a la extrema oración del Hijo al Padre celestial; y a la efusión que de ti, oh Espíritu Santo de amor, el Padre y el Hijo quisieron hacer sobre la Iglesia y sobre sus instituciones, sobre cada alma y sobre los pueblos. Amén.

San Juan XXIII



ANUNCIO:

ESTÁ EN CURSO LA IMPRESIÓN DEL DIARIO DE LA MADRE MARÍA PIERINA DE MICHELI, QUE REÚNE SU EXPERIENCIA INTERIOR Y LAS REVELACIONES DE JESÚS Y DE LA VIRGEN MARÍA SOBRE LA DEVOCIÓN AL DIVINO ROSTRO.

LA NUEVA EDICIÓN FUE AMPLIAMENTE REVISADA Y PROVISTA DE UNA INTRODUCCIÓN.

QUIEN ESTÉ INTERESADO PUEDE RESERVAR EL LIBRO ENVIANDO UN ADELANTO DE EUROS 5,00 AL SIGUIENTE C/C CON EL MOTIVO "DIARIO DI MADRE MARIA PIERINA":

IBAN IT95N0760103200000082790007